

Josefina Muriel

## *Las indias caciques de Corpus Christi*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

410 p.

(Serie Documental, 23)

ISBN 968-36-8815-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de mayo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/indias/caciques.html>



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## PRÓLOGO

Cuando los españoles llegan a las costas de México las primeras noticias que reciben sobre el imperio azteca empiezan a descubrirles la existencia de una sociedad muy lejos ya de las organizaciones tribales. En Tabasco encontraron grupos sociales en los que se podía distinguir caciques, gente común del pueblo y esclavos. Supieron que aquella doña Marina que les era regalada como esclava había sido, cuando niña, “Señora y cacica de pueblos y vasallos”. En Veracruz las noticias a través de los embajadores de Moctezuma iban aclarando más las ideas sobre los pueblos con que buscaban encontrarse; allí supieron que Moctezuma era un gran señor y personaje tan importante que tenía por vasallos a muchos caciques y gobernadores.

La forma en que trataban con Cortés, el modo respetuoso usado para referirse a quien los enviaba y las diversas categorías que entre los de la embajada se notaban, iban descubriendo que se hallaban frente a pueblos de una complicada organización social. Ya en Cempoala advertirán que se hallan frente a un imperio (según su concepto europeo), construido con la fuerza de las armas de los guerreros aztecas y constituido por numerosos y heterogéneos pueblos que tenían religión, lengua y en ocasiones hasta raza distinta, a la de sus conquistadores nahoas.

Estando a unos kilómetros ya de la ciudad de México, en Iztapaltingo se les presentó Cacamatzin, señor de Texcoco, precedido de regio cortejo. Llegaba en ricas andas, recamadas de plumas verdes y ricas piedras engastadas en oro. “Traían las andas a cuestras ocho principales y todos, según decían, señores de pueblos.”<sup>1</sup> Los que formaban su numeroso cortejo venían muy bien vestidos con ricas mantas que dejaron admirados a los españoles.

A la mañana siguiente empezaron a ver ciudades y villas pobladas en agua y en tierra firme, llegaron a la calzada de Iztapalapa “tan derecha y por nivel como iba a México”, que dice Bernal Díaz: “Nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el

<sup>1</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera...*, t. I, p. 328.

libro de Amadís.” Su admiración crecía conforme avanzaban y los soldados de Cortés se preguntaban “que si aquello que veían, si era entre sueños”. Los conquistadores observaban y sus ojos europeos iban descubriendo el esplendor de las grandes civilizaciones indígenas de América. Nunca lo sospecharon, pero allí estaban “por una parte en tierra habían grandes ciudades y en la laguna otras muchas” y “en la calzada muchos puentes de trecho en trecho”,<sup>2</sup> las torres y cúes relumbraban al sol y la algarabía de la gente en las canoas y en la calzada, que parecía insuficiente para contenerla, les mostraba que se hallaban ante un mundo esplendoroso, lleno de vida y pujante actividad.

Faltábales aún por ver al emperador azteca. Frente a él descubrirían la dignidad y el señorío de su imperio. Al lado suyo completarían la visión general de la organización social indígena, en cada uno de sus estamentos sociales.

Venía Moctezuma en andas sostenidas por los nobles de su imperio, al acercarse a Cortés se apeó de ellas y empezó a caminar a su encuentro “traíanle de brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y el color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchuis, que colgaban de unas como bordaduras” “...Y el gran Moctezuma venía muy ricamente ataviado según su usanza, y traía calzadas unas como cotaras”...“las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima de ellas”. Delante del gran Moctezuma venían otros muchos señores “barriendo el suelo donde había de pisar y le ponían mantas por que no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban a la cara, sino los ojos bajos y con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que lo llevaban del brazo”.<sup>3</sup>

Cortés bajó del caballo y se acercó a Moctezuma haciéndole grandes acatos, a los que el emperador correspondió dándole la bienvenida. Cortés le puso al cuello un collar de piedras margaritas ensartado en cordones de oro y perfumado con almizcle y el emperador lo aceptó; no así el abrazo que el conquistador, olvidando la dignidad del hombre que tenía frente a sí, pretendió darle.

Después, los conquistadores vieron los aposentos, los palacios, los templos y las casas de la gran Tenochtitlan y la extraordinaria plaza mayor de

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 331.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 333.

Tlaltelolco, donde tenían sus asientos desde los mercaderes de oro, plata, piedras preciosas, plumas, mantas, cueros de tigres, leones y nutrias, semillas, dulces, loza, aves, madera, tabaco, plantas de todas clases, papel, etcétera, hasta los que vendían esclavos y esclavas.

El templo mayor fue el observatorio para descubrir en toda su plenitud, la grandeza de la ciudad. Cortés y sus soldados quedaron atónitos de lo que sus oídos escuchaban y sus ojos veían. Los de ellos que conocían las grandes ciudades del mundo europeo, que habían estado en Italia y Roma y en Constantinopla, dijeron “que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente, no la habían visto”.<sup>4</sup>

Pero... esa admiración se tornó en súbita repulsión cuando descubrieron los sacrificios humanos. Allí estaban los corazones, frescos aún, de los muertos en honor de los dioses. El horror, el escándalo que esto les produjo fue terrible. Allí “tenían tantas cosas muy diabólicas de ver, de bocinas, trompetillas y navajones y muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos y todo cuajado de sangre. Tenían tantos, que los doy a maldición; y como todo hedía a carnicería, no veíamos la hora de quitarnos de tan mal hedor y peor vista”.<sup>5</sup>

Frente a ese mundo pagano de sacrificios fratricidas y de dioses sangrientos, los conquistadores, que no eran etnólogos, ni arqueólogos, sino sólo hombres comunes de un pueblo dominado por un concepto teológico: el cristiano, y al mismo tiempo por la intransigencia religiosa, común en la Europa de aquellos tiempos, se forman de inmediato, frente a lo que ven, una serie de ideas firmes y claras: “ese Tezcatepuca era el Dios de los infiernos y tenía a cargo las ánimas de los mexicanos”.

Las figuras de los ídolos aztecas, tan ajenas al concepto estético de la cultura occidental, sólo les parecieron monstruos horribles: “Huichilobos tenía la cara y el rostro ancho y los ojos deformes y espantables”, los demás dioses parecían los unos osos, los otros “medio hombre medio lagarto”, serpientes y diablos. Y hasta el tambor con que anunciaban sus ceremonias religiosas les impresionó tan malamente, que dice de él Bernal Díaz: “cuando lo tañían, el sonido de él era tan triste y de tal manera como dicen instrumento de los infiernos”.

Cortés dice a Moctezuma: “ésos no pueden ser dioses, sino demonios malvados”. El emperador, alrededor del cual están los poderosos sacerdo-

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 356.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 358.



tes, responde: “ellos nos dan salud y agua y buenas sementeras y temporales y victorias cuantas queremos”. El diálogo de Cortés y Moctezuma iniciará la lucha en el terreno ideológico. Los sabios y los sacerdotes de Tenochtitlan no se sentirán deslumbrados ante los nuevos conceptos de lo que es el hombre, de su situación en el universo, ni de su relación con Dios y no se rendirán de inmediato a las prédicas de los religiosos, pues ellos tienen una religión que explica y da sentido de su vida y una tradición religiosa de hondas raíces históricas, que habrán de defender digna y firmemente. El Coloquio de los Doce es prueba irrefutable de ello.

La conquista y colonización de la Nueva España se hacen una realidad. Vienen gentes que poseen los vicios y cualidades del hombre renacentista y las grandes virtudes de la renovación cristiana que se efectuaba en España en aquellos tiempos. Eran hombres que sabían de las guerras de Nápoles, de la batalla de Lepanto, de un pretendido imperio cristiano en Europa y que habían visto sus ciudades caminadas por santos y truhanes.

Esta gente que pasó a la Nueva España llegó movida también por diversos intereses que, en resumen, podríamos dividir en dos grupos: uno es el de aquellos que en la conquista y colonización, pese a todas sus falsas justificaciones, fueron movidos sólo por “el amor de sí mismos hasta el desprecio de Dios”, haciendo de esto derroche, cuando conculcaron en la forma más absoluta el mandamiento de la caridad. El otro grupo estuvo constituido por los que fueron movidos por “el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismos”. Estos son los misioneros (religiosos y laicos) que todo lo dejaron para edificar con los indios la Jerusalén Celestial.

Las páginas de este libro nos darán una idea del alcance que la obra de éstos tuvo entre los indígenas. La presente edición está corregida y aumentada.